

*Uno se la pasa poniéndole dificultades a la vida.
Como que uno está deseando descansar de la vida.*

Juan Rulfo

Ysier o los confines del Cosmos ©Derechos reservados,
1987, por César Curvelo, ante la Dirección Nacional del De-
recho de Autor, Ministerio del Interior.

1ª reedición

Junio de 2023

ISBN: 978-958-49-8399-2

Portada del autor

autores
editores
.com

Dg. 36 Bis #20-70, Bogotá, D.C.

Impreso en Colombia

PREÁMBULO

A los cinco años de edad tuve la oportunidad de imaginarme la infinitud del espacio sideral.

Fue en el amplio frente de la casa en que vivía con mi familia, situada a un lado de la calle Murillo, entre las carreras Concordia y Hospital, en Mocanópolis.

Había visto la primera luz en el que otrora fue el Hospital San Juan de Dios, en Santa Marta, la Ciudad Tairona, la Perla de Aviayala. A cien metros del Mar Caribe, como mis padres decían con un marcado tono de orgullo. De ahí me llevaron al barrio Pescaíto, donde residimos un año y algo. Luego pasamos al lado occidental del río Magdalena, a Barranquilla, Curramba La Bella, Puerta de Oro de Colombia, La Arenosa, Mocanópolis.

En el susodicho frente se reunía un combo de muchachos a jugar bola de trapo, tiro a la portería, la lleva o cualquier otro pasatiempo. Uno de estos otros era el de parlotear de mil temas hasta por los codos, como loros.

Por regla general, en las noches contaban cuentos, echaban chistes, resumían películas que habían visto en el aledaño Teatro Chiquinquirá. O mamaban gallo entre ellos, en diálogos que incluían remoquetes y chanzas.

Yo más bien mantenía mis labios como cremallera: pocas veces decía esta boca es mía. Era de los más chicos, y asistía más bien de arrimado al grupo. Así que por costumbre me sentaba en un pretil, cerca de ellos.

Sucedió una noche esto que te voy a narrar.

Viajar al espacio era una realidad en aquel entonces, 1965, y fue así que una vez la conversación giró sobre el tópicico.

Uno de los muchachos preguntó algo así como...

—¿Qué pasaría si un astronauta se saliera de su cápsula en órbita y no pudiese regresar a ella?

De inmediato intervino uno de los mayores:

—No puede caer a la Tierra, por aquello de la nula o poca fuerza de gravedad en el espacio extraterrestre.

—¿Adónde caerá entonces? —preguntó uno más.

—¡Ya sé! Seguro se precipitará a las profundidades del vacío —contestó otro.

—¿Sí? ¿Y cuándo dejaría de caer? —cuestionó alguien.

Luego de un corto debate, los de la vocería campante convinieron que jamás, debido a que el vacío espacial no tiene principio ni fin.

Me puse de pie ante tan fastástica idea. Quedé como estatua, sembrado en el piso, como si le hubieran brotado raíces a las plantas de mis pies. Miré hacia los punticos brillantes que titilaban a esa hora en el negror del cielo nocturno y me puse a imaginar que... ¡el cuerpo del astronauta se convertiría en esqueleto, y ese esqueleto nunca, nunca dejaría de caer!

Claro que más tarde me enteraría, gracias a las clases de introducción a las ciencias naturales dictadas por el profesor Francisco Álvarez Iguarán, en el Instituto Experimental del Atlántico, que en la tridimensional bóveda celeste no hay arriba ni abajo, y que los restos mortales del infortunado cosmonauta se momificarían y quedarían dando vueltas alrededor de nuestro geoide hasta que una fuerza extraña lo sacará de su monótono periplo orbital.

Hoy soy más consciente de lo que es el espacio y estoy convencido del sinfín de seres y cosas que pueden existir.

Somos inteligentes gracias a una de esas posibilidades que pueden concretarse en cualquier lugar y momento de

nuestro orbe. Todos los humanos vivimos para cumplir cada uno, con una de las posibilidades relativas del Universo.

¿Y qué es el Universo?

Filósofos y científicos han elucubrado hipótesis y teorías alrededor de este interrogante contestando con tomos de lomo gordo, en los que se pueden encontrar ideologías cosmológicas más enrevesadas y doctrinas religiosas de creaciones extremas.

Cada quien ofrece o acepta una interpretación a su modo y acomodo. Lo que sí se puede asegurar es que siempre estaremos ante este enigma absoluto y jamás habrá una respuesta concluyente.

Si se trata de dilucidar sobre el insondable misterio de nuestra viva presencia en estos extensos territorios, así sea con una mínima y realista pizca explicativa, lo mejor es darle la palabra al Ser de Seres, al Ente de Entes, al Dios de Dioses, el único con la más amplia y suficiente autoridad moral para pronunciarse al respecto.

Me refiero al omnipotente señor que puedes encontrar dentro y fuera de ti, aquí y allá, en cualquier momento y en todos los tiempos:

*Soy el Universo
Yo soy el Único, el Total, el Absoluto
¿Desde cuándo estoy por estos lares y otros lugares?
¿Hasta cuándo seré el que soy?
Hasta siempre, por los siglos de los siglos
Estoy en todas partes
Estaré aquí por toda la eternidad
Mi posibilidad de existir
existe porque yo existo
¡Viva infinitamente mi existencia!*

Visto desde una sana lógica y definido como el conjunto holístico que es, el Universo lo abarca todo.

Incluso hace parte integral de él el campo abierto en todas las direcciones que es el espacio, el subconjunto universal más insondable que puede y podrá haber. El espacio existe y está dentro del Universo. El simple hecho de plantear la existencia de la nada la convierte en algo.

Cabe agregar que siempre puede haber algo entre lo que sea considerado como la nada. O sea que, en cierto modo, no hay nada absolutamente vacío.

En ese interminable vacío hay una infinidad de espantajos. Nosotros mismos no somos más que apariciones fantásticas, seres imperfectos con marcadas y evidentes limitadas capacidades para reconocer lo concreto de los hechos.

Porque toda cosa tiene un determinado grado de conocerse. No hay ni habrá un conocimiento último sobre algo. No podemos conocer la esencia de las cosas. Cualquier cosa se puede conocer más y más hacia lo más pequeño.

Sabemos que nuestro Cosmos surgió hace unos 13.700 millones de años y que podemos ver la luz emitida por estrellas o galaxias que estén dentro de un determinado rango de años-luz. Hay otras estrellas y galaxias que ya no podemos ver puesto que rebasan tal distancia y se están separando entre sí, en lo que podría ser el Gran Desgarre.

También sabemos que hay partículas subatómicas y que estas a su vez están conformadas por otras nanopartículas todavía más pequeñas.

En la antigua civilización elena aparecieron las primeras luces de la ciencia. Desde entonces, hemos avanzado hasta llegar a alumbrarnos con la actual interpretación de la realidad, a nuestro sitio, a nuestro tiempo, al aquí y el ahora.

A pesar de los avances en el reconocimiento de nuestra realidad, hace falta una sociedad democrática a escala mundial que una las conciencias, que derrote el egoísmo y controle los caldeados ánimos de violencia humana.

Cada cabeza se ilusiona con lo que puede imaginar para su egocéntrico bienestar. Cada persona siente en su cuerpo lo que ella solo siente. El cabeza-tronco-y-extremidades que cada quien posee —ave peregrina, fulgor de un relámpago, armatoste corporal prestado por contrato a término fijo—, no es más que el vehículo provisional que, a manera de autómatas, nos ha dado la madre naturaleza para que entendamos que somos quién sabe qué, que hay algo allá afuera y más aquí adentro, y que podemos y debemos ser algo más de lo que somos.

Ni idea de nuestro pasado antes de nuestros primeros recuerdos. Es posible que nuestras ilusiones y sueños sean sucesos del Universo que están allí por el simple hecho de imaginarlos y soñarlos. De seguro son reales en otros mundos, en otras dimensiones, en otros tiempos.

La vida es como un sueño vívido. Asistimos de forma obligatoria a este espacio-tiempo. Nuestra partida estará asegurada hasta tanto se encuentre el elixir de la vida eterna y, de paso, la fuente de la juventud.

El mundo actual es ensoñación y, más allá de él, en puntos muy lejanos de la Tierra, hay extraordinarios astros en cuyo seno habitan sociedades mucho más avanzadas que la nuestra. Como en Mévor, por ejemplo...

El autor

